

# El juego de las maldiciones

Clive Barker

Traducción:  
Juan José Llanos Collado



Para J. R. G.

## Agradecimientos

Mi agradecimiento a Mary Roscoe, que trabajó sin descanso pasando a máquina este manuscrito y todavía encontró tiempo para ofrecerme un sinfín de críticas constructivas mientras lo hacía; también a David T. Cunningham, que pasó a máquina algunos añadidos posteriores. Entre aquellos lectores cuyo entusiasmo y opiniones me resultaron preciosas debo dar las gracias a Julie Blake, John Gregson y Vernon Conway. También le estoy agradecido a Douglas Bennett, que organizó una inolvidable visita a la prisión, y a Alasdair Cameron, que me encargó dos obras para que pudiera poner comida en la mesa mientras trabajaba en el libro. Por último (aunque no menos importante), mi agradecimiento a Barbara Boote y también a Nann du Sautoy de Sphere Books.

«Ni aun exento, a pesar de gobernarlos como a esclavos,  
del azar, la muerte y el cambio»

—Shelley, *Prometeo desencadenado*

Primera parte  
*Terra incognita*

«El Infierno es el lugar de aquellos que han negado;  
Allí encuentran lo que han plantado y sembrado,  
Un Lago de Inmensidad y un Bosque de Nada,  
Y allí vagan a la deriva, y nunca cesan  
De suplicar alimento»

—W. B. Yeats, *El reloj de arena*

El aire era eléctrico el día en que el ladrón atravesó la ciudad, seguro de que aquella noche, después de tantas semanas de frustración, encontraría por fin al jugador. No se trataba de un viaje sencillo. El ochenta y cinco por ciento de Varsovia había sido arrasado, bien durante los meses de bombardeo con morteros que habían precedido a la liberación de la ciudad por los rusos, o bien debido al programa de demolición que los nazis habían emprendido antes de su retirada. Varios sectores eran virtualmente impracticables con un vehículo. Montañas de escombros, que aún albergaban cadáveres como bulbos dispuestos a brotar cuando el clima primaveral mejorase, bloqueaban las calles. Incluso en los distritos más accesibles, las fachadas que antes fueran elegantes se inclinaban peligrosamente, y sus cimientos crujían.

Pero al cabo de casi tres meses de ejercer su oficio allí, el ladrón se había acostumbrado a orientarse en aquella jungla urbana. En realidad, le gustaba su desolado esplendor: sus horizontes teñidos de color lila por el polvo que aún se asentaba desde la estratosfera, sus plazas y paseos de silencio antinatural; la sensación que tenía, al adentrarse allí, de que así sería el fin del mundo. Durante el día quedaban incluso algunas referencias (postes indicadores abandonados que habrían de ser desmontados con el tiempo) gracias a las cuales el viajero aún podía trazar su ruta. Las instalaciones de gas junto al puente Poniatowski todavía eran reconocibles, al igual que el zoológico al otro lado del río; el campanario de la Estación Central asomaba la cabeza, aunque el reloj había desaparecido tiempo atrás; estos y un puñado de otros homenajes desfigurados a la belleza de la ciudad de Varsovia sobrevivían, y su temblorosa presencia era conmovedora, incluso para el ladrón.

Aquel no era su hogar. Él no tenía hogar, ni lo había tenido durante una década. Él era un nómada y un oportunista, y durante un corto espacio de tiempo Varsovia le había ofrecido ganancias suficientes para retenerlo allí.

Pronto, cuando hubiese recuperado las energías agotadas en sus recientes vagabundeos, sería hora de continuar su camino. Pero allí estaba, disfrutando de la libertad de la ciudad, mientras los primeros signos de la primavera murmuraban en el aire.

Por supuesto que había riesgos, pero por otra parte, ¿dónde no los había para un hombre de su profesión? Y los años de guerra habían perfeccionado sus habilidades de supervivencia hasta tal extremo que pocas cosas le intimidaban. Se encontraba más seguro allí que los verdaderos ciudadanos de Varsovia, los pocos supervivientes desorientados que gradualmente se filtraban de nuevo en la ciudad, buscando hogares perdidos, rostros perdidos. Escarbaban en los escombros o se paraban en las esquinas a escuchar el canto fúnebre del río, y esperaban a que los rusos los rodeasen en nombre de Karl Marx. Se levantaban nuevas barricadas todos los días. Los militares, lenta pero sistemáticamente, imponían un poco de orden en la confusión, dividiendo y subdividiendo la ciudad al igual que harían, con el tiempo, con el país entero. Los toques de queda y los controles, sin embargo, poco amedrentaban al ladrón. En el forro de su elegante abrigo ocultaba toda clase de documentos de identificación (algunos falsificados, la mayoría robados), alguno de los cuales sería adecuado en cualquier situación que se presentase. Lo que le faltaba en credibilidad lo compensaba con labia y con cigarrillos, y poseía ambas cosas en abundancia. Era todo lo que un hombre necesitaba, en aquella ciudad, aquel año, para sentirse el señor de la creación.

¡Y qué creación! No había por qué privarse de ningún apetito o curiosidad. Los secretos más profundos del cuerpo y el espíritu estaban al alcance de cualquiera con ganas de descubrirlos. Se convertían en juegos. Precisamente la semana anterior el ladrón había oído hablar de un joven que jugaba al viejo juego de las tazas y la bolita (ahora la ves, ahora ya no), pero las había reemplazado, con ingenio demencial, por tres cubos y la cabeza de un bebé.

Eso era lo de menos; el bebé estaba muerto y los muertos no sufren. Sin embargo, había otros pasatiempos a la venta en la ciudad, placeres cuya materia prima eran los vivos. El tráfico de carne humana había empezado para aquellos que tuvieran el deseo y el dinero de la entrada. El ejército de ocupación, que ya no estaba distraído por la batalla, había vuelto a descubrir el sexo, y había beneficios en ello. Con media hogaza de pan, uno podía comprar a alguna de las chicas refugiadas (muchas de las cuales eran tan jóvenes que apenas tenían pechos que acariciar), y violarla una y otra vez al amparo de la oscuridad, ignorando sus quejas o silenciándolas con una bayoneta cuando perdiera su encanto. Esa clase de asesinato despreocupado se pasaba por alto en una ciudad donde decenas de miles habían muerto. Durante unas pocas semanas, entre un régimen y el siguiente, todo era posible: ningún acto se consideraba culpable, ninguna depravación tabú.

Se había abierto un burdel de muchachos en el distrito Zoliborz. Allí, en un salón subterráneo decorado con cuadros recuperados del botín de guerra, uno podía escoger entre chavales a partir de seis ó siete años, todos encantadores y flacos debido a la malnutrición, y tan prietos como cualquier entendido podría desear. Era muy popular entre los oficiales, pero demasiado caro para los de rango inferior, según había oído el ladrón entre susurros. Al parecer, los principios de Lenin en cuanto a la libertad de elección no se aplicaban a la pederastia.

El deporte estaba al alcance de todos los bolsillos, si bien era de una clase muy especial. Las peleas de perros eran una atracción especialmente popular aquella temporada. Chuchos sin hogar, que regresaban a la ciudad para devorar los cadáveres de sus amos, eran atrapados, alimentados hasta que tenían fuerzas para pelear y azuzados unos contra otros hasta la muerte. Era un espectáculo horroroso, pero el amor al juego había llevado al ladrón a las peleas una y otra vez. Había obtenido un modesto beneficio una noche en que apostó por un terrier pequeño pero astuto, que había vencido a un perro de tres veces su propio tamaño arrancándole a su oponente los testículos de un mordisco.

Y si al cabo de un tiempo se desvanecía tu apetito por los perros o los muchachos o las mujeres, había entretenimientos más esotéricos a tu alcance.

En un primitivo anfiteatro excavado en los restos del Bastión de Santa María el ladrón había visto a un actor anónimo representar él solo a *Fausto* de Goethe, primera y segunda parte. Aunque su alemán distaba de ser perfecto, la representación le había causado al ladrón una impresión duradera. Conocía la historia lo bastante como para seguir la acción: el pacto con Mefistófeles, las discusiones, los trucos de magia, y después, a medida que se acercaba la maldición prometida, la desesperación y el terror. Gran parte del argumento era indescifrable, pero la posesión del actor por sus papeles gemelos (en un momento el Tentador, al siguiente el Tentado) era tan impresionante que el ladrón se marchó con el estómago revuelto.

Dos días más tarde había regresado para ver la obra de nuevo, o al menos para hablar con el actor. Pero no iba a haber bises. El entusiasmo del actor por Goethe se había interpretado como propaganda pronazi; el ladrón le encontró ahorcado de un poste de telégrafos, sin alegría. Estaba desnudo. Los pájaros le habían picoteado los pies descalzos y le habían arrancado los ojos; le habían acribillado el torso a balazos. Aquella visión tranquilizó al ladrón. La entendió como una prueba de que los sentimientos encontrados que el actor le había inspirado eran malvados; si aquella era la condición a la que le había llevado el arte, estaba claro que aquel hombre había sido un canalla y un impostor. Tenía la boca abierta, pero los pájaros le habían arrancado la lengua al igual que los ojos. No se había perdido nada.

Además, había diversiones mucho más gratificantes. A las mujeres, el ladrón podía tomarlas o dejarlas, y los muchachos no eran de su gusto, pero

amaba el juego, siempre lo había hecho. Así que volvió a las peleas de perros para tentar a la suerte con algún chucho. Si no allí, entonces a una partida de dados en algún barracón, o llevado por la desesperación, a apostar sobre la velocidad de una nube que pasara con algún centinela aburrido.

El método y las circunstancias apenas le importaban: solo le importaba jugar. Desde la adolescencia, había sido su único vicio auténtico; el capricho que le había llevado a convertirse en ladrón. Antes de la guerra había jugado en casinos de toda Europa; el *Chemin de Fer* era su juego favorito, aunque no le disgustaba la ruleta. Evocaba aquellos años a través del velo que sobre ellos había corrido la guerra, y recordaba aquellos desafíos como recordaba los sueños durante la vigilia: como algo irrecuperable, que se alejaba más y más a cada instante.

Sin embargo, ese sentimiento de pérdida cambió cuando oyó hablar del jugador. Le llamaban Mamoulian, y se decía que nunca perdía una partida, y que iba y venía en aquella engañosa ciudad como una criatura que tal vez ni siquiera fuese real.

Pero luego, después de Mamoulian, todo cambió.

## 2

Circulaban muchos rumores, y muchos ni siquiera se basaban en la verdad. Solo eran mentiras que contaban soldados aburridos. El ladrón había descubierto que la mente militar era capaz de invenciones más barrocas que la de un poeta, y más letales.

Así que cuando oyó hablar de un jugador maestro que salía de la nada, retaba a cualquier aspirante a una partida y ganaba sin variación, sospeché que la historia era simplemente eso: una historia. Pero algo en el modo en que aquel cuento apócrifo persistía le desconcertaba. Aquella fantasía no se desvaneció para dar paso a otra todavía más absurda. Surgía en repetidas ocasiones: en las conversaciones de los hombres en las peleas de perros; en los chismes, en los grafitis. Es más, aunque los nombres cambiaban, los hechos principales eran los mismos en todas las versiones. El ladrón empezó a sospechar que había algo de verdad en la historia al fin y al cabo. Tal vez hubiera un jugador brillante que operaba en algún lugar de la ciudad. No del todo invencible, por supuesto; nadie lo era. Pero aquel hombre, si existía, era sin duda alguien especial. Siempre se hablaba de él con una precaución que rayaba en la reverencia; los soldados que aseguraban haberle visto jugar hablaban de su elegancia, de su calma casi hipnótica. Cuando hablaban de Mamoulian eran campesinos refiriéndose a la nobleza, y el ladrón, que no estaba dispuesto a reconocer la superioridad de ningún hombre, añadió el deseo de destronar a aquel rey a sus razones para localizar al jugador.

Pero aparte de la idea general que transmitían los rumores, había muy pocos datos específicos. Sabía que tendría que encontrar e interrogar a alguien que realmente se hubiese enfrentado a aquella leyenda en una mesa de juego antes de que pudiese empezar a separar la verdad de la especulación.

Tardó dos semanas en encontrar a ese hombre. Se llamaba Konstantin Vasiliev, un subteniente de quien se decía que había perdido cuanto tenía jugando con Mamoulian. El ruso era fuerte como un toro; el ladrón se sintió empujado frente a él. Pero aunque algunos hombres corpulentos dan cobijo a espíritus lo bastante amplios como para colmar su anatomía, Vasiliev parecía casi vacío. Si alguna vez había poseído semejante virilidad, esta había desaparecido. En aquella envoltura solo quedaba un niño nervioso y frágil.

Le costó una hora de persuasión, más de media botella de vodka del mercado negro y medio paquete de cigarrillos hacer que Vasiliev respondiera a sus preguntas con otra cosa que no fuesen monosílabos; pero cuando al fin se produjeron las revelaciones, estas manaron a raudales, eran las confesiones de un hombre a punto de sufrir una crisis nerviosa. En su voz se advertía autocompasión, y también rabia; pero por encima de todo estaba el olor del miedo. Vasiliev era un hombre mortalmente aterrorizado. El ladrón estaba poderosamente impresionado: no por sus lágrimas ni por su desesperación, sino por el hecho de que Mamoulian, aquel jugador sin rostro, hubiera derrotado al gigante que se sentaba frente a él. Fingiendo ofrecerle consuelo y consejo amistoso procedió a sacarle al ruso cualquier pizca de información que este pudiese proporcionarle, siempre en busca de algún detalle significativo para convertir la quimera que investigaba en un ser de carne y hueso.

—¿Dices que siempre gana?

—Siempre.

—Pues, ¿cuál es su método? ¿Cómo hace trampas?

Vasiliev levantó la vista de los tablones del suelo.

—¿Trampas? —dijo con incredulidad—. No hace trampas. He jugado a las cartas toda la vida, con los mejores y con los peores. Conozco todas las trampas del mundo. Y te aseguro que él jugaba limpio.

—Hasta el jugador más afortunado pierde de vez en cuando. Las leyes de la suerte...

Una mirada de alegría inocente atravesó el rostro de Vasiliev, y durante un instante el ladrón vislumbró al hombre que había ocupado aquella fortaleza hasta que perdió la razón.

—Las leyes de la suerte no significan nada para él. ¿Es que no lo ves? No es como tú o como yo. ¿Cómo es posible que gane siempre a menos que tenga poder sobre las cartas?

—¿Tú crees?

Vasiliev se encogió de hombros, y volvió a hundirse en la silla.

—Para él —dijo, casi reflexivo en su absoluta consternación—, la victoria es belleza. Es como la misma vida.

Sus ojos vacíos recorrieron de nuevo el tosco granulado de los tabloneros mientras el ladrón daba vueltas en la cabeza a aquellas palabras: «La victoria es belleza. Es como la misma vida». Eran palabras extrañas, y le inquietaban. Sin embargo, antes de que pudiera descifrar su significado, Vasiliev se inclinó más hacia él, su aliento temeroso, agarrando la manga del ladrón con su enorme mano mientras hablaba.

—He pedido un traslado, ¿te lo había dicho? Me iré lejos de aquí en pocos días, soy más listo que nadie. Me pondrán medallas cuando vuelva a casa. Por eso me trasladan: porque soy un héroe, y a los héroes les conceden todo lo que piden. Desapareceré, y nunca me encontrará.

—¿Por qué querría encontrarte?

La mano en la manga se apretó; Vasiliev tiró del ladrón hacia sí.

—Le debo hasta la camisa —dijo—. Si me quedo, me matará. Ya han matado a otros, él y sus camaradas.

—¿No está solo? —dijo el ladrón. Se había imaginado al jugador como un hombre solitario; de hecho, lo había construido según su propia imagen y semejanza.

Vasiliev se sonó con la mano, y se recostó en la silla, que crujió bajo su peso.

—¿Quién sabe lo que es verdad o mentira en este sitio?, ¿eh? —dijo, con ojos acusos—. Es decir, si te dijera que le acompañaban hombres muertos, ¿me creerías? —respondió a su propia pregunta con un movimiento de cabeza—. No. Pensarías que estoy loco...

Antaño, pensó el ladrón, aquel hombre había sido capaz de certezas; de acción; quizá incluso de heroísmo. Toda esa nobleza se había disipado: el campeón se hallaba reducido a un muñeco que lloriqueaba y balbuceaba disparates. Aplaudió para sus adentros la totalidad de la victoria de Mamoulian. Siempre había odiado a los héroes.

—Una última pregunta... —comenzó.

—Quieres saber dónde encontrarlo.

—Sí.

El ruso se miró la yema del pulgar, suspirando profundamente. Todo aquello era agotador.

—¿Qué ganas si te enfrentas a él? —preguntó, y volvió a responder a su propia pregunta—. Solo humillación. Quizá la muerte.

El ladrón se levantó.

—Entonces, ¿no sabes dónde está? —dijo haciendo que se guardaba el paquete de cigarrillos medio vacío que estaba en la mesa que los separaba.

—Espera —Vasiliev extendió la mano hacia el paquete antes de que se perdiera de vista—. Espera.

El ladrón volvió a poner los cigarrillos en la mesa, y Vasiliev los cogió con una mano codiciosa. Levantó la vista hacia su interrogador cuando habló.

—Lo último que he oído es que estaba al norte de aquí. Por la plaza Muranowski. ¿La conoces?

El ladrón asintió. No era una zona que le agradase visitar, pero la conocía.

—Y, ¿cómo lo encuentro cuando llegue allí? —preguntó.

El ruso parecía perplejo por la pregunta.

—Ni siquiera sé qué aspecto tiene —dijo el ladrón, para que Vasiliev lo entendiera.

—No hará falta que lo encuentres —replicó Vasiliev, que le entendía a la perfección—. Si quiere que juegues, te encontrará él.

### 3

La noche siguiente, la primera de muchas noches semejantes, el ladrón había salido en busca del jugador. Aunque ya había llegado abril, el tiempo todavía era desapacible aquel año. Había regresado a su habitación en el hotel semidemolido que ocupaba, insensible a causa del frío, la frustración y (aunque apenas se atrevía a reconocerlo, ni siquiera frente a sí mismo) el miedo. Los alrededores de la plaza Muranowski eran un infierno dentro de otro infierno. Allí muchos de los cráteres producidos por las bombas conducían a las alcantarillas, y el hedor que salía de ellos era inconfundible. Otros, que se habían utilizado a modo de hornos para incinerar a los ciudadanos ejecutados, todavía destellaban alguna vez, cuando las llamas alcanzaban un estómago lleno de gas, o un charco de grasa humana. Cada paso que daba en aquella tierra recién descubierta era una aventura, incluso para el ladrón. La muerte, en sus numerosas formas, lo esperaba en todas partes. Sentada al borde de un cráter, calentándose los pies en las llamas; de pie, demente, rodeada de basura; jugando alegremente en un jardín de huesos y metralla.

A pesar del miedo, había vuelto a aquel distrito en varias ocasiones; pero el jugador lo eludía. Y con cada intento fracasado, con cada viaje que terminaba en derrota, más se afanaba el ladrón en la persecución. En su imaginación aquel jugador sin rostro empezaba a adquirir una especie de fuerza legendaria. El simple hecho de verlo en persona, y verificar su existencia física en el mismo mundo que él, el ladrón, ocupaba, se convirtió en una cuestión de fe. Un medio (que Dios lo ayudase) para ratificar su propia existencia.

Al cabo de una semana y media de búsqueda infructuosa, volvió a buscar a Vasiliev. El ruso estaba muerto. Habían encontrado su cuerpo el día anterior, con la garganta cortada de oreja a oreja, flotando boca abajo en una de las alcantarillas que el ejército estaba despejando en Wola. No estaba solo. Lo acompañaban otros tres cadáveres, todos ellos masacrados de un modo similar,

todos ellos en llamas, ardiendo como brulotes a la deriva por el túnel en un río de excrementos. Uno de los soldados que había estado en la alcantarilla cuando apareció aquella flotilla le dijo al ladrón que los cuerpos parecían flotar en la oscuridad. Durante un angustioso momento había sido como la llegada impasible de los ángeles.

Luego, por supuesto, el horror. Apagar los cadáveres en llamas, sus cabellos, sus espaldas; luego darles la vuelta; y el rostro de Vasiliev, atrapado en el haz de luz de una linterna, con una mirada de asombro, como un niño sobrecogido ante un mago asesino.

Los papeles de su traslado habían llegado esa misma tarde.

De hecho, los papeles, al parecer, habían sido la causa de un error administrativo que había puesto fin a la tragedia de Vasiliev con una nota cómica. Los cadáveres, una vez identificados, habían sido enterrados en Varsovia, excepto el del subteniente Vasiliev, cuyo historial de guerra exigía un tratamiento menos expeditivo. Se hicieron planes para transportar su cuerpo a la Madre Rusia, donde habría de ser enterrado con honores de Estado en su ciudad natal. Pero alguien, al tropezar con los papeles de traslado, había supuesto que se aplicaban a Vasiliev muerto en lugar de a Vasiliev vivo. El cuerpo había desaparecido misteriosamente. Nadie estaba dispuesto a admitir su responsabilidad: simplemente se había enviado el cadáver a algún otro destino.

La muerte de Vasiliev solo sirvió para intensificar la curiosidad del ladrón. La arrogancia de Mamoulian le fascinaba. Tenía frente a sí a un oportunista, un hombre que se ganaba la vida con la debilidad de los demás, a quien el éxito había vuelto tan insolente que se atrevía a asesinar, o hacer que asesinaran en su nombre, a aquellos que lo contrariaban. El ladrón estaba nervioso a causa de la expectación. En sus sueños, cuando era capaz de dormir, se adentraba en la plaza Muranowski. Esta se encontraba cubierta de una niebla que parecía un ser vivo, que prometía despejarse en cualquier momento y descubrir al jugador. Era como un hombre enamorado.

#### 4

Esa noche, el techo nuboso y miserable de Europa se había resquebrajado: el cielo azul, aunque pálido, se había extendido sobre la cabeza del ladrón, cada vez más amplio. En ese momento, al caer la tarde, el cielo estaba absolutamente despejado por encima de su cabeza. Al sudoeste, grandes cúmulos, cuyas cabezas de coliflor estaban teñidas de ocre y oro, engordaban con truenos, pero pensar en su furia tan solo lo excitaba. Esa noche, el aire era eléctrico, y estaba seguro de que encontraría al jugador. Lo había estado desde que despertó aquella mañana.

Cuando la tarde empezó a caer se dirigió al norte en dirección a la plaza, casi sin pensar a dónde iba, la ruta le resultaba muy familiar. Atravesó dos controles sin ser detenido, la confianza de su porte era salvoconducto suficiente. Esa noche, era inevitable. Su posición allí, respirando el aire con aroma a lilas, mientras las estrellas brillaban en su cenit, era inexpugnable. Sentía cómo la electricidad estática le recorría el vello del dorso de la mano, y sonreía. Vio a un hombre, que llevaba algo irreconocible en sus brazos, gritando en una ventana, y sonrió. No muy lejos de allí, el Vístula, cargado de agua de lluvia y del deshielo, rugía en dirección al mar. Él no era menos irresistible.

El color dorado desapareció de los cúmulos; el azul claro dio paso a la oscuridad de la noche.

Cuando se disponía a entrar en la plaza Muranowski algo destelló frente a él, una ráfaga de viento le sobrepasó a toda velocidad, y de repente el aire se llenó de confeti blanco. ¿No se estaría celebrando una boda en aquel lugar? Uno de los fragmentos que giraba se quedó atrapado entre sus pestañas, y se lo arrancó. No se trataba de confeti en absoluto: era un pétalo. Lo apretó entre el pulgar y el índice. El aceite aromático brotó del tejido desgarrado.

En busca de su origen, siguió caminando un poco, y al doblar la esquina hacia la plaza descubrió el espectro de un árbol, prodigiosamente cargado de flores flotando en el aire. Parecía desarraigado, las estrellas iluminaban su cabeza nevada, y su tronco estaba sumido en sombras. Contuvo el aliento, impresionado por aquella belleza, y se acercó al árbol como podría haberse aproximado a un animal salvaje, con cuidado de no asustarlo. Le dio un vuelco el corazón. No se trataba de pavor a las flores, ni siquiera de los vestigios del entusiasmo que había sentido al caminar hasta allí. Todo eso se desvanecía. Una sensación distinta le oprimía en aquella plaza.

Estaba tan acostumbrado a las atrocidades que desde hacía tiempo se consideraba incapaz de sentir miedo. Así pues, ¿por qué se mantenía a algunos pasos de distancia del árbol, con las uñas bien cuidadas, apretadas contra las palmas de sus manos con ansiedad, desafiando a aquel paraguas florido a desvelar lo peor? No había nada que temer en ese lugar. Tan solo pétalos en el aire, sombras en el suelo. Pero a pesar de todo respiraba débilmente, esperando contra toda esperanza que su temor fuera infundado.

*Vamos, pensó, si tienes algo que enseñarme, te estoy esperando.*

Dos cosas sucedieron tras su silenciosa invitación. Desde atrás, una voz gutural le preguntó en polaco:

—¿Quién eres? —Distraído por la sorpresa durante un brevísimo instante, sus ojos perdieron de vista el árbol, y en ese momento una figura surgió bajo las ramas cargadas de flores y apareció brevemente con los hombros encorvados a la luz de las estrellas. En aquella engañosa penumbra el ladrón no estaba seguro de lo que había visto: quizá un rostro desecho, con el cabello chamus-

cado, que miraba inexpresivamente en su dirección. Un cadáver cubierto de costras, tan grande como un toro. Las enormes manos de Vasiliev.

Fuera como fuese, la figura se retiraba ya para esconderse más allá del árbol, rozando las ramas con su cabeza herida al pasar. Una llovizna de pétalos aleteó hasta sus hombros carbonizados.

»¿No me has oído? —dijo la voz a sus espaldas. El ladrón no se volvió. Siguió mirando fijamente al árbol, entornando los ojos, intentando separar la materia de la ilusión. Pero el hombre, quienquiera que fuese, se había ido. No podía haber sido el ruso, por supuesto, era una locura. Vasiliev estaba muerto, lo habían encontrado boca abajo en la porquería de una alcantarilla. No estaba allí; no podía estar allí. Probablemente su cuerpo se dirigía ya a algún remoto destino del imperio ruso. No estaba allí; no podía estar allí. Pero a pesar de todo el ladrón sintió la urgente necesidad de perseguir al extraño, solo para tocarlo en el hombro, para que se diera la vuelta, para mirarlo a la cara y comprobar que no se trataba de Konstantin. Ya era demasiado tarde; el interrogador que estaba detrás de él le agarraba con fuerza del brazo, y exigía una respuesta. Las ramas del árbol habían dejado de agitarse, los pétalos habían dejado de caer, el hombre se había alejado.

Suspirando, el ladrón se enfrentó a su interrogador.

La figura que estaba frente a él sonreía en señal de bienvenida. Se trataba de una mujer, a pesar de la aspereza de su voz, que llevaba unos pantalones demasiado grandes, atados con una cuerda, pero por lo demás estaba desnuda. Tenía la cabeza afeitada; y las uñas de los pies pintadas. Él reparó en todo eso con los sentidos agudizados por la impresión que le había causado el árbol, así como el placer que le producía la desnudez de ella. Las esferas relucientes de sus pechos eran perfectas: sintió que se le abrían los puños, y que sus manos se morían por tocarlas. Pero tal vez su examen del cuerpo fue demasiado evidente. Levantó la vista hacia su rostro para ver si todavía sonreía. Sí que lo hacía; pero esta vez su mirada se detuvo en la cara, y se dio cuenta de que lo que había tomado por una sonrisa era en realidad algo permanente. Le habían cortado los labios, poniendo al descubierto las encías y los dientes. Tenía horribles cicatrices en las mejillas, los restos de las heridas que le habían cercenado los tendones y provocado una expresión que le desgarraba la boca. Su aspecto le horrorizó.

—¿Quieres...? —empezó ella.

¿Quiero?, pensó él mientras sus ojos volvían rápidamente a sus pechos. La despreocupada desnudez de la mujer lo excitaba, a pesar de su rostro mutilado. Le asqueaba la idea de poseerla (ningún orgasmo valía besar esa boca sin labios), y sin embargo si se lo ofrecía, aceptaría, y a la mierda el asco.

—¿Quieres...? —empezó de nuevo, en esa voz arrastrada, híbrida, ni masculina ni femenina. Le resultaba difícil articular y pronunciar palabras

sin la ayuda de los labios. Sin embargo, consiguió emitir el resto de la pregunta—: ¿Quieres las cartas?

Se había equivocado por completo. La mujer no tenía interés alguno en él, ni sexual ni de ninguna otra clase. Tan solo era un mensajero. Mamoulian estaba allí. Seguramente al alcance de su mano. Puede que le estuviese observando en ese preciso momento.

Pero la confusión de emociones que experimentaba en su interior emborronó la euforia que tendría que haber sentido entonces. En lugar de triunfo, se debatía entre varias imágenes contradictorias: las flores, los pechos, la oscuridad; el rostro quemado del hombre, volviéndose hacia él por un instante; la lujuria, el miedo; una estrella solitaria que surgía del flanco de una nube. Casi sin pensar en lo que decía, respondió:

—Sí. Quiero las cartas.

La mujer asintió, se apartó de él y se dirigió al otro lado del árbol, cuyas ramas todavía se agitaban allí donde el hombre que no era Vasiliev las había tocado, y atravesó la plaza. Él la siguió. Era posible olvidar el rostro de aquella intermediaria observando la elegancia de sus pies descalzos. A ella no parecía importarle por dónde pisaba. No vaciló ni una sola vez, a pesar del cristal, el ladrillo y la metralla.

Le condujo hasta los restos de una gran casa al otro lado de la plaza. Su devastado exterior, que antaño habría sido impresionante, todavía se tenía en pie; hasta tenía un portal, aunque no había puerta. Al otro lado brillaba la luz de una hoguera. Los escombros del interior se desparramaban por el portal y bloqueaban su mitad inferior, obligándoles a ambos, mujer y ladrón, a agacharse y gatear para entrar en la casa. En la penumbra, la manga de su abrigo se enganchó en algo y la tela se desgarró. Ella no se volvió para ver si estaba herido, aunque había jurado en voz alta. Tan solo siguió caminando por encima de los montículos de ladrillos y tejas caídas mientras él la seguía a trompicones, sintiéndose ridículo y torpe. A la luz de la hoguera discernió el tamaño del interior; había sido una hermosa casa. Pero no tenía tiempo de estudiarla. La mujer había dejado atrás la hoguera, y se dirigía a una escalera. Él la siguió, sudando. El fuego crepitó; se volvió a mirarlo, y vislumbró a alguien al otro lado, que se mantenía fuera de su vista tras las llamas. Mientras lo miraba, el vigilante arrojó más yesca al fuego, y una constelación de motas brillantes salió despedida hacia el cielo.

La mujer estaba subiendo las escaleras. Se apresuró a seguirla. La sombra del ladrón en la pared, proyectada por el fuego, parecía enorme. Ella ya había llegado al final de las escaleras cuando él aún se encontraba a medio camino, y se deslizaba por otra puerta y desaparecía. La siguió lo más rápido que pudo, y traspuso la puerta tras ella.

La luz de la hoguera arrojaba una luz temblorosa en el interior de la habitación a la que había accedido, y al principio apenas pudo distinguir nada.

—Cierra la puerta —pidió alguien. Tardó unos instantes en darse cuenta de que la petición se dirigía a él. Se volvió a medias, tanteó para encontrar el picaporte, descubrió que no lo había, y empujó la puerta, que se cerró sobre goznes quejumbrosos.

Después, volvió a mirar al interior de la habitación. La mujer estaba a dos o tres metros de distancia, mirándolo con su rostro siempre divertido, su sonrisa era una hoz gris.

—Tu abrigo —dijo, y extendió las manos para ayudarle a quitárselo. Después desapareció de su vista, y el objeto de su larga búsqueda se hizo visible.

Sin embargo, no fue Mamoulian lo que atrajo su atención al principio. Fue el retablo de madera tallada que estaba puesto contra la pared a sus espaldas, una obra maestra gótica que brillaba, incluso en la penumbra, con tonos dorados, rojos y azules. *Botín de guerra*, pensó el ladrón; *así que eso es lo que hace este cabrón con su fortuna*. Entonces miró a la figura que estaba frente al tríptico. Una sola mecha, empapada en aceite, humeaba en la mesa frente a la cual se sentaba. La luz que arrojaba sobre el rostro del jugador era brillante pero inestable.

—Así pues, Peregrino —dijo el hombre—, me has encontrado. Por fin.

—Tú me has encontrado a mí, desde luego —respondió el ladrón; había sido tal como Vasiliev había predicho.

—Tengo entendido que te apetece jugar un poco. ¿Es eso cierto?

—¿Por qué no? —Procuró parecer lo más impasible que pudo, aunque el corazón le latía en el pecho con fuerza. En presencia del jugador, se sentía lastimosamente falto de preparación. El sudor le pegaba el cabello a la frente; tenía polvo de ladrillo en las manos y mugre debajo de las uñas: *seguro que parezco el ladrón que soy*, se dijo avergonzado.

En cambio, Mamoulian era la imagen del decoro. No había nada en su aspecto severo (corbata negra, traje gris) que sugiriese un estafador: aquella leyenda parecía más bien un corredor de bolsa. Su rostro, al igual que su ropa, era completamente anodino, tenía la piel tirante y tallada con delicadeza, del color de la cera debido a la mortecina llama de aceite. Tenía sesenta años, más o menos, a juzgar por las mejillas ligeramente ahuecadas, la nariz grande, aristocrática; la frente amplia y despejada. Había perdido el cabello hasta la coronilla; el que le quedaba era blanco y plumoso. Pero en su postura no se advertía fragilidad, ni fatiga. Se sentaba erguido en la silla, y sus ágiles manos barajaban y juntaban un mazo de cartas con amorosa familiaridad. Solo sus ojos encajaban en la fantasía del ladrón. Ningún corredor de bolsa habría tenido unos ojos tan desnudos. Ojos tan glaciales y despiadados.

—Esperaba que vinieras, Peregrino. Antes o después —dijo. Su inglés carecía de acento.

—¿Llego tarde? —preguntó el ladrón, medio en broma.

Mamoulian dejó las cartas sobre la mesa. Parecía que se había tomado la pregunta con mucha seriedad.

—Ya veremos. —Hizo una pausa antes de decir—: Eres consciente, por supuesto, de que hago apuestas muy altas.

—Eso he oído.

—Si deseas retirarte ahora, antes de que vayamos más lejos, lo entenderé perfectamente —hizo aquel breve discurso sin rastro alguno de ironía.

—¿No quieres que juegue?

Mamoulian apretó los labios finos y secos, y frunció el ceño.

—Al contrario —dijo—, me apetece mucho que juegues.

Hubo un destello de patetismo, ¿o no? El ladrón no sabía si se había tratado de un lapsus o de la más sutil de las representaciones.

—Pero no tengo paciencia... —continuó— con los que no pagan sus deudas.

—Te refieres al teniente —aventuró el ladrón.

Mamoulian le miró fijamente.

—No conozco a ningún teniente —dijo sin emoción—. Solo conozco a jugadores, igual que yo. Algunos son buenos, la mayoría no. Todos vienen a poner a prueba su valor, igual que tú.

Había vuelto a coger el mazo, y este se movía en sus manos como si las cartas estuviesen vivas. Cincuenta y dos polillas que aleteaban bajo la luz enferma, cada una marcada de un modo ligeramente distinto al de la anterior. Eran tan hermosas que resultaban casi obscenas; sus brillantes caras eran lo más perfecto que el ladrón había visto en meses.

—Quiero jugar —dijo, desafiando al hipnótico desfile de cartas.

—Pues siéntate, Peregrino —dijo Mamoulian, como si la pregunta nunca se hubiera planteado.

Casi sin hacer ruido, la mujer había puesto una silla detrás de él. Al sentarse, el ladrón se enfrentó a la mirada de Mamoulian. ¿Había algo en aquellos ojos sin alegría que tuviese la intención de hacerle daño? Nada de nada. Allí no había nada que temer.

Murmurando su agradecimiento por la invitación, se desabrochó los puños de la camisa y se la recogió, preparándose para jugar.

Al cabo de un rato, la partida comenzó.

## Segunda parte

### Asilo

«El diablo no es, en modo alguno, lo peor que hay; preferiría tener tratos con él antes que con muchos seres humanos. Él hace honor a sus compromisos con mucha más prontitud que muchos timadores sobre la faz de la Tierra. Para ser honestos, cuando llega la hora de pagar, aparece al momento, justo a medianoche, recoge su alma y vuelve a su casa en el Infierno como un buen diablo. Solo es un hombre de negocios como es debido»

—J. N. Nestroy, *Hollenangst*

# I

## Providencia

### 5

Después de cumplir seis años de condena en Wandsworth, Marty Strauss se había acostumbrado a esperar. Esperaba para asearse y afeitarse cada mañana; esperaba para comer, esperaba para defecar; esperaba la libertad. Tanto esperar. Todo formaba parte del castigo, por supuesto; como la entrevista a la que le habían convocado aquella lúgubre mañana. Pero aunque esperar había llegado a parecerle sencillo, las entrevistas nunca lo habían sido. Odiaba someterse al escrutinio de los burócratas: el expediente de libertad condicional lleno de informes disciplinarios, informes de circunstancias personales, evaluaciones psiquiátricas; el modo en que cada pocos meses te desnudabas frente a algún funcionario cruel que te explicaba lo horrible que eras. Le dolía tanto que sabía que nunca se recuperaría; nunca olvidaría aquellas habitaciones sofocantes, llenas de insinuaciones y de esperanzas frustradas. Siempre soñaría con ellas.

—Adelante, Strauss.

La habitación no había cambiado desde la última vez que estuviera allí; solo se había puesto más rancia. El hombre al otro lado de la mesa tampoco había cambiado. Se llamaba Somervale, y muchos reclusos de Wandsworth rezaban todas las noches por su destrucción. Ese día no estaba solo tras la mesa forrada de plástico.

—Siéntate, Strauss.

Marty miró al acompañante de Somervale. No era un funcionario de prisiones. Su traje era demasiado elegante, sus uñas estaban demasiado bien cuidadas. Parecía de mediana edad, complexión robusta, y tenía la nariz ligeramente torcida, como si alguna vez se la hubiesen roto y vuelto a colocar mal. Somervale procedió a las presentaciones:

—Strauss. Este es el señor Toy...

—Hola —dijo Marty.

El rostro bronceado le devolvió la mirada; lo estaba examinando abiertamente.

—Encantado de conocerlo —dijo Toy.

Su inspección era más que simple curiosidad, aunque, ¿qué había que ver?, pensó Marty. Un hombre avejentado, que tenía demasiado tiempo a su disposición; un cuerpo que se había vuelto perezoso debido a la mala comida y a la falta de ejercicio; un bigote mal recortado; un par de ojos que el aburrimiento había puesto vidriosos. Marty conocía cada insignificante detalle de su propio aspecto. Ya no merecía un segundo vistazo. Y sin embargo aquellos brillantes ojos azules seguían observándolo, aparentemente fascinados.

—Creo que deberíamos ir al grano —le dijo Toy a Somervale. Apoyó las palmas de las manos en la superficie de la mesa—. ¿Cuánto le ha contado al señor Strauss?

Señor Strauss. El tratamiento era una cortesía casi olvidada.

—No le he contado nada —respondió Somervale.

—Entonces deberíamos empezar por el principio —dijo Toy. Se recostó en la silla, con las manos todavía sobre la mesa.

—Como quiera —dijo Somervale, obviamente preparándose para un largo discurso—. El señor Toy... —empezó.

Pero su invitado lo interrumpió antes de que pudiera continuar.

—¿Me permite? —dijo Toy—. Tal vez yo pueda explicarle mejor la situación.

—Usted mismo —dijo Somervale. Hurgó en el bolsillo de su chaqueta buscando un cigarrillo, disimulando apenas su fastidio. Toy lo ignoró. El rostro descentrado siguió mirando a Marty.

—Mi jefe... —empezó Toy— se llama Joseph Whitehead. No sé si el nombre le dice algo. —No esperó a que Marty le respondiera, sino que continuó—. Aunque no haya oído hablar de él, sin duda conoce la Corporación Whitehead, que fundó él mismo. Es uno de los emporios farmacéuticos más importantes de Europa...

El nombre le resultaba vagamente familiar, y tenía, en la imaginación de Marty, alguna connotación escandalosa. Pero el recuerdo era fastidiosamente impreciso, y Marty no tuvo tiempo para concretarlo, porque Toy ya había levantado el vuelo.

—Aunque el señor Whitehead ya tiene casi setenta años, todavía mantiene el control sobre la corporación. Es un hombre hecho a sí mismo, ya sabe, y ha dedicado toda su vida a su trabajo. No obstante, prefiere no ser tan visible como antaño...

Una fotografía en primera plana se reveló de pronto en la cabeza de Strauss. Un hombre con la mano levantada contra el destello de un flas; un momento privado capturado por algún  *paparazzi* al acecho para el consumo público.

—Rehúye la publicidad casi por completo, y desde la muerte de su esposa no le atrae demasiado la vida pública...

Strauss recordaba a una mujer que compartía la atención no deseada, cuya belleza pasmaba, incluso bajo la luz inclemente. La esposa de la que hablaba Toy, quizá.

—Por el contrario, prefiere dirigir la corporación lejos de la atención del público, y en su tiempo libre se interesa por cuestiones sociales. Entre ellas, la superpoblación de las prisiones, y el deterioro del servicio penal en general.

El último comentario era sin duda mordaz, y alcanzó a Somervale con precisión mortal. Aplastó el cigarrillo a medio fumar en el cenicero de papel de aluminio, y le dirigió al otro una mirada malhumorada.

—Cuando llegó el momento de contratar a un nuevo guardaespaldas personal... —continuó Toy— el señor Whitehead decidió seleccionar a un candidato adecuado entre los reclusos pendientes de libertad condicional, en lugar de recurrir a las agencias habituales.

*No puede referirse a mí*, pensó Strauss. La idea era demasiado buena como para hacerse ilusiones, y demasiado absurda. Pero si no se trataba de eso, ¿para qué había ido Toy?, ¿para qué tomarse tantas molestias?

—Está buscando a un hombre que haya cumplido casi toda su condena. Alguien que merezca, en su opinión y en la mía propia, una oportunidad para reinsertarse en la sociedad con un trabajo que lo respalde, y un poco de autoestima. Su caso atrajo mi atención, Martin. ¿Puedo llamarlo Martin?

—Casi todos me llaman Marty.

—De acuerdo. Marty, pues. Francamente, no quiero darle esperanzas. Estoy entrevistando a otros candidatos además de a usted, y por supuesto, al final podría decidir que ninguno es adecuado. En este momento solo quiero asegurarme de que le interesaría esta opción si se la ofrecieran.

Marty empezó a sonreír. No exteriormente, sino por dentro, donde Somervale no podía llegar.

—¿Entiende lo que le pregunto?

—Sí. Lo entiendo.

—Joe... el señor Whitehead... necesita a alguien que esté completamente dedicado a su bienestar; que de hecho estuviese dispuesto a arriesgar su vida antes que permitir que su jefe sufriera daño alguno. Entiendo que es mucho pedir.

Marty frunció el ceño. Sí que era mucho, especialmente después de la lección de confianza en uno mismo que había recibido en Wandsworth durante seis años y medio. Toy se dio cuenta enseguida del titubeo de Marty.

—Eso le preocupa —dijo.

Marty se encogió de hombros con suavidad.

—Sí y no. Es decir, nunca me habían pedido que hiciera eso. No quiero soltarle el rollo de que me apetece que me maten por alguien, porque no es así. Mentiría como un bellaco si dijera lo contrario.

Los gestos de Toy lo animaban a continuar.

—Eso es todo, de verdad —dijo.

—¿Está usted casado? —preguntó Toy.

—Separado.

—¿Puedo preguntarle si está en vistas de un proceso de divorcio?

Marty hizo una mueca. Odiaba hablar de eso. Esa herida era solo suya; solo él tenía derecho a curarla y lamentarse por ella. Ningún recluso le había sacado esa historia, ni siquiera durante las confesiones a las tres de la madrugada que había soportado con su antiguo compañero de celda, antes de que llegase Feaver, que únicamente hablaba de comida y de las mujeres de las revistas. Pero ahora tendría que decir algo. Seguro que de todas formas tenían todos los detalles archivados de algún modo. Probablemente Toy sabía mejor lo que hacía Charmaine, y con quién, que él mismo.

—Charmaine y yo... —intentó encontrar palabras para expresar esos sentimientos reprimidos, pero no le salió más que una áspera declaración—. No creo que haya muchas posibilidades de que volvamos, si eso es lo que le interesa.

Toy percibió la hostilidad en la voz de Marty; Somervale también. Por primera vez desde que Toy saliese al campo, el oficial empezó a demostrar interés en la conversación. *Quiere ver cómo me quedo sin trabajo por bocazas*, pensó Marty; podía ver la expectación escrita en la cara de Somervale. *Bueno, pues que se joda*, él no iba a darle esa satisfacción.

—No es ningún problema... —dijo Marty sin emoción—. Y si lo es, es problema mío. Todavía estoy haciéndome a la idea de que no estará cuando yo salga. Eso es todo, de verdad.

Toy sonreía, una sonrisa cordial.

—En serio, Marty... —dijo— no quiero entrometerme. Solo quiero dejar las cosas claras. Si entrara usted al servicio del señor Whitehead, tendría que vivir en su finca con él, y una condición necesaria de su empleo sería que no podría salir sin el consentimiento expreso del señor Whitehead o el mío. En otras palabras, no se le concedería una libertad incondicional. Ni mucho menos. Podría usted considerar la finca como una especie de prisión abierta. Es importante que yo conozca los lazos que podrían tentarlo a infringir estas restricciones.

—Sí, lo comprendo.

—Además, si por cualquier razón su relación con el señor Whitehead no fuera satisfactoria; si él o usted considerasen que el trabajo no es adecuado, entonces me temo...

—Que volvería para terminar mi sentencia.

—Sí.

Hubo una pausa incómoda, durante la cual Toy suspiró en silencio. Solo tardó un momento en recuperar el equilibrio, y luego partió en una nueva dirección.

—Tan solo me quedan algunas preguntas que hacerle. Usted ha practicado boxeo, ¿cierto?

—Un poco. Hace mucho...

Toy parecía decepcionado.

—¿Lo ha dejado?

—Sí —respondió Marty—. Seguí levantando pesas durante una temporada.

—¿Tiene entrenamiento en autodefensa de alguna clase? ¿Yudo? ¿Kárate?

Marty se planteó mentir, pero ¿de qué serviría? Toy no tenía más que preguntar a los cabrones de Wandsworth.

—No —dijo.

—Qué lástima.

A Marty se le encogió el estómago.

—Pero estoy en forma —dijo—. Y soy fuerte. Puedo aprender —se dio cuenta de que un temblor inoportuno se había colado en su voz desde alguna parte.

—Me temo que no queremos un aprendiz —apuntó Somervale, que apenas podía disimular el triunfo en su voz.

Marty se inclinó hacia delante sobre la mesa, intentando ignorar la presencia de la sanguijuela de Somervale.

—Puedo hacer este trabajo, señor Toy —insistió—, sé que puedo hacer este trabajo. Solo deme una oportunidad...

El temblor aumentaba; el estómago le daba vueltas. Sería mejor que parase ahora, antes de decir o hacer algo que luego fuese a lamentar. Pero las palabras y los sentimientos seguían aflorando.

—Deme una oportunidad para demostrarle que puedo hacerlo. No es mucho pedir, ¿no? Y si la cago es culpa mía, ¿vale? Solo una oportunidad, eso es todo lo que le pido.

Toy levantó la vista hacia él con algo parecido a la tristeza en su rostro. ¿Todo había terminado entonces? ¿Ya se había decidido: una respuesta equivocada y todo se va al garete? ¿Ya estaba cerrando mentalmente su maletín y devolviendo el expediente «Strauss, M.» a las manos frías y húmedas de Somervale, para que lo metiera entre otros dos convictos olvidados?

Marty se mordió la lengua, y volvió a sentarse en la incómoda silla, clavando la vista en sus manos temblorosas. No soportaba contemplar la elegancia magullada del rostro de Toy, después de haberse abierto tan

completamente. Toy vería todo su dolor y su necesidad, oh sí, y no podía soportarlo.

—Durante el juicio... —dijo Toy.

¿Ahora qué? ¿Por qué prolongaba la agonía? Lo único que quería Marty era regresar a su celda, donde Feaver estaría sentado en la litera jugando con sus muñecas, donde había un aburrimiento familiar en el que podría refugiarse. Pero Toy no había terminado; quería la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad.

—Durante el juicio declaró que su principal motivo para involucrarse en el robo era pagar unas cuantiosas deudas de juego. ¿Me equivoco?

Marty había desplazado su atención de sus manos a sus zapatos. Tenía los cordones desatados, y aunque eran lo bastante largos como para hacer un nudo doble, nunca había tenido paciencia para hacer nudos complicados. Prefería un lazo simple. Cuando tenías que deshacer un lazo tirabas y desaparecía como por arte de magia.

—¿Es es cierto? —volvió a preguntarle Toy.

—Sí, es cierto —le dijo Marty. Había llegado hasta allí; ¿por qué no terminar la historia?—. Éramos cuatro. Y teníamos dos pistolas. Intentamos atracar un furgón de seguridad. Las cosas se nos fueron de las manos —levantó la vista de sus zapatos; Toy le observaba con atención—. El conductor recibió un tiro en el estómago. Después murió. Está todo en el expediente, ¿no? —Toy asintió—. ¿Y lo del furgón?; ¿eso también está en el expediente? —Toy no contestó—. Estaba vacío —dijo Marty—. Nos equivocamos desde el principio. El cabrón estaba vacío.

—¿Y las deudas?

—¿Qué?

—Sus deudas con Macnamara. ¿Todavía son considerables?

Estaba empezando a sacarle de quicio. ¿Qué más le daba a Toy si debía algunos miles aquí y allá? Solo era camuflaje compasivo, para poder hacer una salida digna.

—Responde al señor Toy, Strauss —dijo Somervale.

—¿A usted qué le importa?

—Me interesa —dijo Toy con franqueza.

—Ya lo veo.

A la mierda su interés, pensó Marty, que se le atragante. No iban a sacarle más confesiones.

—¿Puedo irme ya? —dijo.

Levantó la vista. No hacia Toy, sino hacia Somervale, que sonreía tras el humo de su cigarrillo, plenamente satisfecho de que la entrevista hubiera sido un desastre.

—Creo que sí, Strauss —dijo—. Si el señor Toy no tiene más preguntas.

—No —dijo Toy con voz neutra—. No; estoy más que satisfecho.

Marty se levantó, evitando aún los ojos de Toy. La pequeña habitación estaba llena de sonidos desagradables. Las ruedas de la silla al rayar el suelo, la tos áspera de fumador de Somervale. Toy estaba recogiendo sus notas. Todo había terminado.

Somervale dijo:

—Puedes irte.

—Me ha encantado conocerlo, señor Strauss —dijo Toy a la espalda de Marty cuando este llegaba a la puerta; y Marty se volvió sin pensar y lo encontró sonriéndole, tendiéndole la mano para que se la estrechara. *Me ha encantado conocerlo, señor Strauss.*

Marty asintió y le estrechó la mano.

—Gracias por su tiempo —dijo Toy.

Marty cerró la puerta al salir y recorrió el camino de vuelta a su celda, escoltado por Priestley, el oficial del piso. No se dirigieron la palabra.

Marty observó a los pájaros que descendían sobre el tejado del edificio, posándose en los canalones en busca de algo que comer. Iban y venían cuando les apetecía, buscando nichos donde anidar, dando por sentada su soberanía. No los envidiaba lo más mínimo. Y si lo hacía, no era el momento de admitirlo.

## 6

Pasaron trece días, y Marty no volvió a saber de Toy, ni de Somervale. A decir verdad, no esperaba otra cosa. Había perdido su oportunidad; se podría decir que él mismo había orquestado sus últimos momentos al negarse a hablar de Macnamara. De aquel modo había esperado cortar de raíz toda esperanza. En eso había fracasado. Por mucho que intentase olvidar la entrevista con Toy, no podía. El encuentro lo había desequilibrado gravemente, y su inestabilidad era tan angustiosa como la causa que la producía. Pensaba que para entonces había aprendido el arte de la indiferencia; del mismo modo en que los niños aprenden que el agua caliente abrasa: por dolorosa experiencia.

De eso había tenido más que suficiente. Durante los primeros doce meses de su sentencia se había enfrentado a todo y a todos los que se habían puesto en su camino. Ese año no había hecho amigos, ni había causado la menor impresión en el sistema; a cambio de sus molestias solo había obtenido magulladuras y malos momentos. El segundo año había librado su guerra privada a escondidas, escarmentado por el fracaso; había empezado a levantar pesas y a boxear, decidido a moldear y fortalecer un cuerpo del que valerse cuando llegara el momento de vengarse. Pero mediado el tercer año la soledad había hecho su aparición: un dolor que ninguna medida de castigo autoinflingido podía disimular, ni siquiera los músculos que forzaba cada día

hasta rebasar el límite del dolor. Ese año firmó una tregua consigo mismo y con su encarcelación. No fue más que una paz precaria, pero las cosas empezaron a mejorar a partir de entonces. Llegó a sentirse como en casa en los pasillos llenos de ecos y en el interior de su celda, y en el claustrofóbico enclave de su cabeza, donde casi toda experiencia placentera se había convertido en un recuerdo lejano.

El cuarto año había traído consigo nuevos terrores. Ese año cumplió veintinueve; los treinta estaban al caer, y recordaba a la perfección cómo siendo más joven, cuando aún tenía todo el tiempo del mundo, pensaba que los hombres de esa edad estaban acabados. Fue una revelación dolorosa, y la antigua claustrofobia (la de sentirse atrapado, no detrás de los barrotes, sino detrás de su vida) volvió con más fuerza que nunca, y con una nueva temeridad. Ese año se hizo dos tatuajes: un relámpago azul y rojo en la parte superior de su brazo izquierdo, y «USA» en el antebrazo derecho. Charmaine le había escrito justo antes de Navidad, sugiriendo que tal vez lo mejor fuera el divorcio, y él no le había dado ninguna importancia. ¿De qué habría servido? La mejor solución era la indiferencia. Cuando admitías la derrota, la vida se convertía en un camino de rosas. A la luz de esa sabiduría, el quinto año fue pan comido. Tuvo acceso a las drogas; la influencia de un convicto veterano; todo menos su libertad, pero podía esperar.

Y luego había aparecido Toy, y aunque se esforzaba por olvidar que había oído siquiera su nombre, descubrió que seguía dándole vueltas en la cabeza a aquella media hora de entrevista, analizando cada pequeño detalle de la conversación, como si fuese a descubrir una verdad inesperada. Era un ejercicio infructuoso, por supuesto, pero no dejó de practicarlo, y el proceso lo reconfortaba de algún modo. No se lo dijo a nadie; ni siquiera a Feaver. Era su secreto: la habitación; Toy; la derrota de Somervale.

El segundo domingo después de la reunión con Toy, Charmaine fue a visitarlo. La entrevista fue tan caótica como siempre; el segundo de retraso entre pregunta y respuesta estropeaba la sintonía, como en una conferencia telefónica. No era que el rumor de las otras conversaciones de la habitación empeorase las cosas, las cosas ya estaban mal. Era imposible ignorarlo. Marty había renunciado a intentar arreglarlas mucho tiempo atrás. Después de las preguntas de rigor acerca de la salud de familiares y amigos, llegó el momento de hablar de la separación.

En sus primeras cartas le había escrito: «Eres preciosa, Charmaine. Pienso en ti por las noches, sueño contigo todo el tiempo».

Pero después la imagen de Charmaine se había desdibujado, y de todas formas había dejado de soñar con su rostro y con su cuerpo bajo el suyo, y aunque prolongó la fantasía en sus cartas durante algún tiempo, sus frases amorosas habían empezado a sonar ostensiblemente falsas, y había dejado de escribir acerca de tales intimidades. Se sentía como un adolescente, diciéndole

que pensaba en su rostro; no quería que Charmaine se lo imaginara sudando en la oscuridad y tocándose como un niño de doce años.

Pensándolo bien, tal vez hubiese sido un error. Tal vez su matrimonio hubiera empezado a deteriorarse entonces, cuando empezó a sentirse ridículo y dejó de escribirle cartas de amor. Pero ¿acaso no había cambiado ella también? Lo miraba con recelo en aquel preciso momento.

—Flynn te manda recuerdos.

—Oh. Qué bien. Lo sigues viendo, ¿no?

—De vez en cuando.

—¿Qué tal le va?

Charmaine había adquirido la costumbre de mirar al reloj en lugar de mirarlo a él, y Marty se alegraba de que lo hiciera. Le permitía observarla sin sentirse impertinente. Cuando sus facciones se relajaban, todavía la encontraba atractiva. Pero estaba seguro de que tenía bajo control la reacción que le producía ella. Podía mirarla (los translúcidos lóbulos de sus orejas, la curva de su cuello) y verla fríamente. Por lo menos la prisión le había enseñado eso: no desees lo que no puedes tener.

—Oh, está bien... —respondió ella.

Marty tardó un momento en volver a orientarse; ¿de quién estaba hablando? Oh, sí: de Flynn. Ese sí que nunca se manchaba las manos. Flynn el sabio; Flynn el chulo.

—Te manda recuerdos —dijo.

—Ya me lo has dicho —le recordó él.

Otra pausa; la conversación era más dolorosa cada vez que iba. No tanto para él como para ella. Parecía que sufría un trauma cada vez que escupía una palabra.

—He vuelto a ver a los abogados.

—Oh, sí.

—Parece que todo está en marcha. Han dicho que los papeles estarán listos el mes que viene.

—¿Qué hago, los firmo y ya está?

—Bueno... han dicho que teníamos que hablar de la casa, y de todo lo que tenemos en común.

—Quédatelo.

—Pero es nuestro, ¿no? O sea, de los dos. Y cuando salgas vas a necesitar un sitio donde vivir, y muebles y todo eso.

—¿Quieres vender la casa?

Otra pausa horrible, como si estuviese a punto de decir algo mucho más importante que las frivolidades que seguramente aflorarían.

—Lo siento, Marty —dijo.

—¿El qué?

Charmaine meneó levemente la cabeza. Su cabello brillaba.

—No lo sé —dijo.

—No es culpa tuya. Nada de esto es culpa tuya.

—No puedo evitar...

Se detuvo y levantó la vista hacia él, súbitamente más viva con el apremio del miedo (¿de eso se trataba, de miedo?) de lo que había estado en los demás encuentros acartonados que habían soportado en habitaciones sofocantes como aquella. Tenía los ojos húmedos, estaban llenándose de lágrimas.

—¿Qué pasa?

Ella lo miró; las lágrimas se desbordaron.

—Char... ¿qué pasa?

—Se acabó, Marty —dijo ella, como si acabase de descubrirlo; se acabó, se terminó, adiós.

Él asintió.

—Sí.

—No quiero que... —se interrumpió, hizo una pausa, luego volvió a intentarlo—. No me culpes.

—No te culpo. Nunca te he culpado. Dios, has venido a verme, ¿no? Todos estos años. Ya sabes que odio verte en este lugar. Pero tú venías; cuando te necesitaba, aquí estabas.

—Pensaba que saldría bien —prosiguió ella, como si él no hubiese dicho nada—, de verdad. Pensaba que saldrías pronto, y que a lo mejor lo arreglábamos, ya sabes. Todavía teníamos la casa y todo eso. Pero los dos últimos años todo empezó a torcerse.

Él la veía sufrir, y pensaba: *nunca podré olvidarlo, porque es culpa mía, porque soy la peor mierda del mundo, mira lo que he hecho*. Al principio había habido lágrimas, por supuesto, y cartas de ella llenas de dolor y acusaciones medio enterradas, pero la angustia tan espantosa que mostraba en ese momento era mucho más profunda. Para empezar, ya no era la de una chica de veintidós años, sino la de una mujer adulta; y le avergonzaba profundamente pensar que era culpa suya, le avergonzaba de un modo que pensaba que había superado.

Charmaine se sonó con un pañuelo que sacó de un paquete.

—Todo está hecho un lío —dijo.

—Sí.

—Solo quiero poner las cosas en su sitio.

Le echó un rápido vistazo a su reloj, demasiado rápido para fijarse en la hora, y se levantó.

—Será mejor que me vaya, Marty.

—¿Tienes una cita?

—No... —respondió, una mentira evidente que no se esforzó mucho en disimular—, a lo mejor luego me voy de compras. Siempre me levanta el ánimo. Ya me conoces.

No, pensó él. *No, no te conozco. Si te conocí alguna vez, y no estoy seguro de que así fuera, eras diferente en aquel entonces, y Dios mío, cómo te echo de menos.* Se detuvo. Ese no era el modo de despedirse de ella; lo sabía por pasados encuentros. El truco estaba en ser frío, en terminar en una nota de formalidad, para así poder volver a su celda y olvidarse de ella hasta la próxima vez.

—Quería que lo entendieras —dijo ella—. Pero creo que no te lo he explicado muy bien. Es un lío espantoso.

No dijo «adiós»; estaba empezando a llorar otra vez, y él estaba seguro de que a pesar de la cháchara de abogados, temía echarse atrás en el último momento, por debilidad, por amor, o por ambas cosas, y marchándose sin volver la vista atrás excluía esa posibilidad.

Derrotado, volvió a su celda. Feaver estaba dormido. Se había pegado a la frente con saliva una vulva arrancada de una de sus revistas, una de sus manías favoritas. Se abría como un tercer ojo sobre sus párpados cerrados, mirándolo sin cesar, sin esperanza de dormir.

## 7

—¿Strauss?

Priestley estaba en la puerta abierta de la celda, mirando hacia el interior. Algún gracioso había escrito en la pared: «Si estás cachondo, golpea la puerta y vendrá una puta». Era un chiste familiar (Marty había visto la misma gracia, o parecida, en varias celdas), pero ahora, mirando a la gruesa cara de Priestley, pensó que la asociación de ideas (el enemigo y el sexo de una mujer) era obscena.

—¿Strauss?

—Sí, señor.

—El señor Somervale quiere verte a las tres y cuarto. Vendré a recogerte. Estate listo a las tres y diez.

—Sí, señor.

Priestley se dio la vuelta para marcharse.

—¿Me puede decir de qué se trata, señor?

—¿Yo qué cojones sé?

Somervale lo esperaba en la sala de entrevistas a las tres y cuarto. El expediente de Marty estaba en la mesa frente a él, todavía sin abrir. A su lado había un sobre de color beis sin marcar. Somervale estaba de pie junto a la ventana de cristal reforzado, fumando.

—Pasa —dijo. No lo invitó a sentarse, ni dejó de mirar por la ventana.

Marty cerró la puerta al entrar, y esperó. Somervale exhaló el humo sonoramente por las ventanillas de la nariz.

—¿Tú qué crees, Strauss? —dijo.

—¿Cómo dice, señor?

—Que tú qué crees, ¿eh? Imagínatelo.

Marty seguía sin comprender nada, y se preguntaba si estaría confundido él, o lo estaría Somervale. Al cabo de una eternidad, Somervale dijo:

—Mi mujer ha muerto.

Marty se preguntó qué esperaba que dijera. Pero Somervale no le dio tiempo para formular una respuesta. Después de esas cuatro palabras, continuó con otras cinco:

—¡Te van a soltar, Strauss!

Expuso los hechos rotundos uno detrás de otro como si estuvieran relacionados; como si el mundo entero se hubiera puesto en su contra.

—¿Me voy con el señor Toy? —preguntó Marty.

—El Consejo y él creen que eres un candidato adecuado para el trabajo en la finca de Whitehead —dijo Somervale—. Imagínate —produjo un sonido grave con la garganta, que pudo haber sido risa—. Estarás bajo estrecha vigilancia, por supuesto. No la mía, sino la de quien ocupe mi puesto. Y si te pasas de la raya una sola vez...

—Entiendo.

—Me pregunto si eso es cierto —Somervale dio una calada a su cigarrillo, sin darse la vuelta aún—. Me pregunto si entiendes qué clase de libertad has escogido...

Marty no estaba dispuesto a permitir que esa frivolidad echase a perder su creciente euforia. Somervale había sido derrotado; que hable.

—Puede que Joseph Whitehead sea uno de los hombres más ricos de Europa, pero he oído que también es uno de los más excéntricos. Sabe Dios en lo que te estás metiendo, pero te aseguro que a lo mejor la vida en la prisión te parece mucho más apetecible.

Las palabras de Somervale se evaporaron; su inquina cayó en oídos sordos. Ya fuera por agotamiento, o porque se percató de que había perdido a su público, interrumpió su monólogo resentido nada más empezar, y se apartó de la ventana para terminar ese desagradable asunto lo antes posible. Marty se asombró al ver el cambio que se había producido en él. En las semanas transcurridas desde la última vez que se vieran, Somervale había envejecido años; parecía que se hubiera mantenido a base de cigarrillos y de pena. Su piel parecía pan rancio.

—El señor Toy te recogerá en la puerta el viernes que viene. El 13 de febrero. ¿Eres supersticioso?

—No.

—Aquí tienes todos los detalles. En un par de días te harán un chequeo, y vendrán para repasar tu puesto de trabajo *vis-à-vis* con el Consejo de Libertad

Condicional. Están rompiendo las reglas por ti, Strauss. Dios sabrá por qué. Solo en tu sección hay una docena de candidatos más válidos.

Marty abrió el sobre, echó un rápido vistazo a las páginas de letras comprimidas y volvió a guardarlas.

—No me volverás a ver —le decía Somervale—, de lo cual seguro que te alegras mucho.

La cara de Marty no mostró la menor reacción, pero al parecer, su fingida indiferencia encendió una chispa de odio renovado en la cansada figura de Somervale, que le enseñó los dientes podridos al decir:

—Si fuera tú, le daría gracias a Dios, Strauss. Le daría gracias a Dios desde el fondo de mi corazón.

—¿Por qué... señor?

—Pero bien mirado, supongo que no piensas mucho en Dios, ¿verdad?

Las palabras contenían dolor y desprecio a partes iguales. Marty no pudo evitar imaginarse a Somervale solo en una cama de matrimonio; un marido sin esposa, y sin esperanzas de volver a verla; incapaz de llorar. Y otra idea siguió rápidamente a la primera: que el pétreo corazón de Somervale, que se había roto de un solo golpe brutal, no era tan distinto del suyo. Los dos eran hombres duros, los dos se apartaban del mundo mientras libraban guerras privadas en sus entrañas. Los dos habían descubierto que las mismas armas que habían forjado para derrotar a sus enemigos se habían vuelto contra ellos mismos. Era un descubrimiento mezquino, y tal vez Marty no se hubiese atrevido a formularlo, si no hubiera estado tan entusiasmado con la noticia de su liberación. Pero allí estaba. De repente, Somervale y él parecían gemelos, como dos lagartos tumbados en el mismo barro apestoso.

—¿En qué estás pensando, Strauss? —preguntó Somervale.

Marty se encogió de hombros.

—En nada —dijo.

—Mentiroso —dijo el otro. Recogió el expediente y salió de la sala de entrevistas, dejando la puerta abierta al salir.

Marty llamó por teléfono a Charmaine al día siguiente, y le dijo lo que había sucedido. Parecía complacida, lo cual era gratificante. Cuando colgó el teléfono estaba temblando, pero se sentía bien.

Vivió los últimos días en Wandsworth con otros ojos, o así es como le pareció. Todos los aspectos de la vida de la prisión a los que se había acostumbrado (la crueldad despreocupada, los abucheos incesantes, los juegos de poder, los juegos sexuales) volvían a parecerle nuevos, igual que seis años antes.

Había perdido esos años, por supuesto. Nada podría devolvérselos, nada podría colmarlos de experiencia útil. La idea lo entristecía. Tenía muy poco con

lo que salir de nuevo al mundo. Dos tatuajes, un cuerpo que había visto mejores días, recuerdos de rabia y desesperación. En adelante viajaría ligero de equipaje.

## 8

La noche antes de irse de Wandsworth tuvo un sueño. Su vida nocturna no había sido apasionante durante los años que había durado su sentencia. Los sueños eróticos con Charmaine habían cesado enseguida, al igual que sus fantasías más exóticas, como si su subconsciente, compasivo con su encierro, no quisiera burlarse de él con sueños de libertad. A veces se había despertado en mitad de la noche, con la cabeza llena de visiones gloriosas, pero casi todos sus sueños eran tan absurdos y tan repetitivos como su vida consciente. Pero esta fue una experiencia completamente distinta.

Soñó con una especie de catedral, una obra maestra inacabada, y quizá imposible de acabar, con torres, agujas y elevados contrafuertes, demasiado inmensa para existir en el mundo físico, pues desafiaba la gravedad, pero que allí dentro, en su cabeza, era una realidad asombrosa. Era de noche al dirigirse a ella, la gravilla crujía bajo sus pies, el aire olía a madreselva, y en el interior oía cánticos. Voces en éxtasis, un coro de muchachos, pensó, que subía y bajaba sin cesar. No había nadie más en la sedosa oscuridad que lo rodeaba: ningún turista como él, que contemplase boquiabierto aquella maravilla. Tan solo él, y las voces.

Y entonces, milagrosamente, echó a volar.

Era ingrátido, el viento lo sostenía, y ascendía por la empinada catedral a una velocidad que lo dejaba sin aliento. Pero no volaba como un pájaro, sino como una especie de pez volador. Como un delfín (sí, eso era), a veces pegando los brazos al cuerpo, a veces braceando en el aire azul al elevarse, como una criatura suave y desnuda, rozando la pizarra y girando alrededor de las agujas, acariciando el rocío de la mampostería con la punta de los dedos, y sacudiendo las gotas de lluvia de los canalones. Si alguna vez había soñado con algo tan hermoso, no lo recordaba. La intensidad de su alegría lo abrumó, y se despertó sobresaltado.

Estaba empapado y tenía los ojos abiertos de par en par, en el calor forzado de la celda, mientras Feaver se masturbaba en la litera de abajo. La litera se sacudía rítmicamente, la velocidad aumentó, y Feaver alcanzó el clímax con un gruñido sofocado. Marty intentó ignorar la realidad, y se concentró en recuperar su sueño. Cerró los ojos de nuevo, conminó a la imagen a regresar, diciéndole a la oscuridad: «vamos, vamos». Durante un extraordinario momento, el sueño volvió: pero ya no era un sueño triunfal, sino terrorífico, y él estaba cayendo en picado desde el cielo a cien kilómetros de altura; la catedral se acercaba con rapidez, y las agujas se afilaban en el viento, preparándose para su llegada...

Se despertó temblando, poniendo fin a la caída antes de que terminase, y se quedó tumbado mirando al techo el resto de la noche, hasta que una penumbra siniestra, la primera luz del amanecer, se derramó por la ventana anunciando el día.

## 9

No mostraba el cielo grandeza alguna cuando Marty fue liberado. Solo era un viernes por la tarde normal y corriente en Trinity Road.

Toy esperaba en el ala de recepción cuando bajaron a Marty. Siguió esperando mientras los oficiales procedían a una docena de rituales burocráticos; había que inspeccionar sus pertenencias y devolvérselas, firmar y contrafirmar los papeles de su liberación. Transcurrió casi una hora entre semejantes formalidades hasta que abrieron las puertas y les permitieron salir al exterior.

Toy le estrechó la mano a modo de bienvenida y le condujo a través del patio delantero de la prisión hasta el lugar donde aguardaba un Daimler de color rojo oscuro, con el asiento del conductor ocupado.

—Vamos, Marty —dijo, abriendo la puerta—, hace demasiado frío para quedarse ahí parado.

Hacía frío, en efecto; el viento era implacable. Pero el frío no podía congelar su alegría. Era un hombre libre, por amor de Dios; libre dentro de unos límites cuidadosamente prescritos, tal vez, pero era un comienzo. Al menos estaba dejando atrás la parafernalia de la prisión: el cubo en el rincón de la celda, las llaves, los números. En adelante tendría que estar a la altura de las elecciones y las oportunidades que se le ofrecieran.

Toy ya se había refugiado en el asiento de atrás.

—Marty —volvió a llamarlo, haciéndole un gesto con la mano enguantada de ante—. Tenemos que darnos prisa, o pillaremos un atasco al salir de la ciudad.

—Sí. Ya voy...

Marty subió al coche. El interior olía a cera, a humo de puro rancio y a cuero; aromas lujosos.

—¿Pongo la maleta en el maletero? —dijo Marty.

El conductor se volvió desde el volante.

—Tienes sitio ahí detrás —dijo.

Lo miró de arriba abajo. Era un indio americano, y no llevaba uniforme de chófer, sino una vieja chaqueta de piloto. No le ofreció ninguna sonrisa de bienvenida.

—Luther —dijo Toy—, este es Marty.

—Pon la maleta en el asiento delantero —respondió el conductor; se inclinó y abrió la puerta del lado del copiloto. Marty se bajó y puso la maleta y la bolsa de plástico con sus pertenencias en el asiento delantero, junto a un montón de periódicos y un ejemplar manoseado de *Playboy*, luego volvió al asiento de atrás con Toy y dio un portazo.

»No hace falta dar portazos —dijo Luther, pero Marty apenas oyó el comentario. *No hay muchos convictos que salgan de Wandsworth en un Daimler*, pensaba. *A lo mejor esta vez he caído de pie*.

El coche se alejó de las puertas con un ronroneo y giró a la izquierda en Trinity Road.

—Luther lleva dos años en la finca —dijo Toy.

—Tres —le corrigió el otro.

—¿Ya? —respondió Toy—. Pues tres. Me lleva a todas partes; lleva al señor Whitehead a Londres.

—Ya no.

Marty encontró la mirada del conductor en el espejo retrovisor.

—¿Has pasado mucho tiempo en ese agujero? —Le preguntó, sin la menor vacilación.

—Demasiado —respondió Marty. No iba a ocultarle nada; no tenía sentido. Esperaba que le hiciera la siguiente pregunta inevitable: «¿por qué te encerraron?» Pero Luther no se la hizo. Dirigió de nuevo su atención a la carretera, aparentemente satisfecho. Marty se alegró de que dejaran la conversación. Lo único que quería era observar el paso de aquel mundo feliz, y empaparse de todo. La gente, los escaparates, los anuncios; estaba ávido de detalles, por triviales que fueran. Pegó los ojos a la ventana. Había mucho que ver, y sin embargo tenía la vívida impresión de que todo era falso, como si la gente de la calle, en los otros coches, fueran actores, cada cual caracterizado y representando su papel a la perfección. Su mente se esforzaba por dar cabida al torrente de información (a cada lado una nueva vista, en cada esquina un desfile distinto) y simplemente rechazó la realidad de todo ello. Todo era teatro, le dijo su cerebro, todo ficción. Porque aquella gente se comportaba como si hubieran vivido sin él, como si el mundo hubiera seguido adelante mientras estaba entre rejas, y una parte infantil de sí mismo, la parte que, al taparse los ojos se creía escondida, no podía concebir la vida en su ausencia.

El sentido común lo convenció de lo contrario, por supuesto. Pese a lo que sospecharan sus confusos sentidos, el mundo era más viejo, y probablemente estaba más cansado, desde que se vieran por última vez. Tendría que renovar su trato con él: aprender cómo había cambiado su naturaleza; aprender de nuevo su etiqueta, su susceptibilidad, su potencial para el placer.

Cruzaron el río por el puente Wandsworth y atravesaron Earl's Court y Shepherd's Bush en dirección a Westway. Era viernes a media tarde, y el tráfico era denso; había muchos trabajadores ansiosos por volver a casa para pasar el

fin de semana. Marty observaba sin disimulo los rostros de los conductores de los coches que adelantaban, imaginándose a qué se dedicaban, o intentando atraer las miradas de las mujeres.

Kilómetro a kilómetro, la extrañeza que había sentido al principio empezó a disiparse, y cuando llegaron a la M40 estaba empezando a hartarse del espectáculo. Toy se había quedado dormido en su lado del asiento, con las manos en el regazo. Luther estaba ocupado sorteando el tráfico.

Solo una cosa retrasó su avance. A veinte kilómetros de Oxford, las luces azules que destellaban en la carretera, por delante de ellos, y el sonido de una sirena que se acercaba a toda velocidad anunciaban un accidente. La procesión de coches disminuyó la velocidad, como una cola de curiosos que se detuvieran para asomarse a un ataúd.

Un coche se había salido de su carril en dirección este, había atravesado la mediana, y había chocado de frente contra una furgoneta que venía en dirección opuesta. Todos los carriles en dirección oeste estaban bloqueados, ya fuera por los restos del accidente o por los coches de policía, y los viajeros se veían obligados a circular por el arcén para evitar los restos esparcidos.

—¿Ves lo que ha pasado? —preguntó Luther, que estaba ocupado esquivando al guardia que dirigía el tráfico y no podía mirar. Marty le describió la escena lo mejor que pudo.

Había un hombre en mitad del caos, hipnotizado por la conmoción; la sangre le corría por la cara como si le hubiesen partido en la cabeza un huevo de yema ensangrentada. Detrás de él, un grupo de policías y pasajeros rescatados se había congregado en torno al morro aplastado del coche para hablar con alguien atrapado en el asiento del conductor. La figura estaba inclinada y no se movía. Mientras pasaban lentamente a su lado, uno de ellos, una mujer con el abrigo empapado en sangre (ya fuera suya o del conductor) se alejó del vehículo y empezó a aplaudir. Al menos así fue como interpretó Marty las palmadas que daba: como si fueran aplausos. Era como si estuviera sufriendo el mismo engaño que él había experimentado hacía tan poco, que todo era una ilusión meticulosa pero de mal gusto, y que en cualquier momento llegaría a su grato final. Marty sintió el impulso de asomarse por la ventana del coche y decirle que se equivocaba; que aquel era el mundo real, con mujeres atractivas, cielo cristalino y todo. Pero ya lo sabría al día siguiente, ¿verdad? Entonces tendría tiempo de sobra para lamentarse. De momento aplaudía, y seguía aplaudiendo cuando perdieron de vista el accidente.